

En clave personal

Ihab Fahmy regenta un establecimiento de productos electrónicos y nuevas tecnologías en la localidad valenciana de Picanya, municipio en el que vive desde hace varios años. Buen conversador, hombre culto y cercano, Fahmy es una persona popular en el vecindario. Su inquietud intelectual y su compromiso con el Islam y con sus fieles, le han situado al frente de la Unión de Comunidades Islámicas de Valencia, un cargo que compagina con las clases que imparte en la Universidad de Valencia sobre el Islam y la cultura islámica. Esta iniciativa es el resultado de la cátedra de las tres religiones fundada por la Sociedad Islámica con la finalidad de estudiar el cristianismo, el judaísmo y el Islam para promover el respeto, la tolerancia y la convivencia. En esta línea, la Unión de Comunidades Islámicas de España y también la de Valencia, iniciaron el programa "Puertas Abiertas" para acercar la comunidad islámica a la ciudadanía.



“El terrorismo no tiene religión, son los hombres quienes la usan para justificar su barbarie”

Ihab Fahmy

Unión de Comunidades Islámicas de Valencia

Hombre adelantado a su tiempo, Ihab Fahmy siempre ha buscado su libertad sin importarle frontera alguna. Siendo un joven idealista abandonó su país, Egipto, cuando sintió la injusticia social y el desamparo político. Desde entonces, Europa ha sido su hogar y el Islam su religión. Hoy coordina desde Valencia la Unión de Comunidades Islámicas de Valencia, Murcia y Baleares.

Ihab Fahmy nació en El Cairo, el 3 de febrero de 1960, en el barrio más turístico de la capital egipcia, Jan el-Jalili. Este popular Suq (denominación árabe para bazar o mercado) que data de 1382, ha sido desde sus orígenes punto de encuentro de comerciantes y culturas. Este microcosmos multiétnico alentó la curiosidad de Fahmy por descubrir el mundo. Educado en un clima de libertad, bajo la ideología nasserí, y rodeado de una familia con estudios universitarios, Fahmy nunca erigió fronteras en su futuro. Con veinte años y una vida repleta de sueños por cumplir, se trasladó a París, con el objetivo de obtener dinero para pagar sus estudios de Economía en la Universidad de El Cairo. Pero en la Ciudad de la Luz había demasiado que explorar; así que tras unos meses, Fahmy regresó a su país con los bolsillos vacíos, pero rico en experiencias y conocimiento. Como él mismo recuerda: "Fue un dulce fracaso". De vuelta en Egipto, Ihab continuó sus estudios universitarios, pero cuando le faltaba un único curso para licenciarse, decidió viajar de nuevo a Europa, pese a la negativa de su familia que deseaba que

concluyese antes su carrera. Esta vez su destino era Londres. Corría el año 1983. Fahmy había crecido en un entorno liberal y en una sociedad libre: “En Egipto en el año 67 estaba de moda la ‘mini jep’ (minifalda) y las mujeres la utilizaban cuando querían, sin problemas”. Ihab explica que su viaje a París transformó su vida y sus convicciones: “Allí me preguntaban sobre la historia de Egipto y me dí cuenta de que no sabía nada. De modo que, cuando regresé, dediqué un tiempo a descubrir la realidad de mi país”. Y su mundo se vino abajo: “Descubrí pueblos a 200 kilómetros de El Cairo sin luz, ni agua potable, ni carreteras... en la más absoluta miseria”. Ihaob afirma que por primera vez se sintió decepcionado del gobierno de su país: “Desenmascaré su mentira y creció mi rebeldía hacia el sistema instaurado”. Los medios de comunicación egipcios habían difundido durante años una imagen de Londres como ciudad donde imperaba la justicia y la ley, y esta idea atrajo a nuestro protagonista. Una vez en Londres y con el dominio de cuatro idiomas, Ihab encontró trabajo en el sector hostelero y el amor en Carmen, una turista española. Junto a ella llegó a España, concretamente a Valencia, no sin antes finalizar su carrera en El Cairo. Era la década de los 80 y España era un país en vías de desarrollo con una economía en construcción, una coyuntura interesante para un economista. Instalado en Valencia, la primera tarea de Ihaob fue aprender español en la Escuela Oficial de Idiomas, un tiempo de formación que compatibilizó con trabajos esporádicos en la vendimia y en la hostelería, hasta que decidió montar su negocio de electrónica, en un momento de auge de este sector. Ihab reconoce que nunca se sintió rechazado, ni siquiera en aquellos años en los que la cifra de inmigrantes era casi anecdótica en la sociedad española: “Nunca me he sentido discriminado, pero tampoco me ha importado. Siempre he vivido a mi aire. Lo más importante es estar bien con uno mismo”. Fiel al Islam, Ihab buscó en la ciudad un lugar donde poder realizar el rezo de los viernes. Lo encontró en el cuarto piso de un edificio en el barrio de Benimaclet: “Sesenta metros cuadrados servían de mezquita para unas 25 personas. Muchos de ellas estaban en España desde los 60”.

La primera oleada de inmigrantes de países de Oriente Medio se produjo en 1967, coincidiendo con la Guerra de los Seis Días. En el 91, la Guerra del Golfo trajo más población árabe a España. El piso de Benimaclet acogía ahora a más de un centenar de personas. Esta situación les obligó a buscar otro lugar y encontraron unos bajos en la avenida del Puerto, actual sede de la Unión de Comunidades Islámicas de Valencia (UCIDVAL); entidad que coordina Ihab Fahmy junto a la de Murcia y Baleares. Esta agrupación se erigió como espacio de encuentro entre musulmanes: “Desde el principio quisimos que fuese un punto de confluencia de personas unidas por el Islam; un lugar para encontrarse con los demás y hacer el bien, dejando a un lado el país de origen, el color de la piel o la lengua”. Pudieron crearla con el apoyo de la Unión de Comunidades Islámicas de España (UCIDE), constituida en 1979 como máximo órgano de representación musulmana ante el Estado Español. Hoy, alrededor de 400 centros distribuidos por el territorio español están adscritos a UCIDE. Ihab explica que durante la etapa inicial de la UCIDVAL los asuntos que ocupaba principalmente a la comunidad islámica era encontrar apoyo religioso en la figura de un imán. A partir de los 90, coincidiendo con el incremento del fenómeno de la inmigración en España, la demanda de la población musulmana viró hacia necesidades básicas como el trabajo, la vivienda y el alimento; también asesoramiento jurídico e integración. Ihab reclama más recursos para poder atender a esta población y así evitar que caigan en



Ihab y su hija Aiaat disfrazados en El Cairo. Al fondo, la Mezquita de Alabastro de Mohamed Ali

Ihab Fahmy con su familia en la Gran Pirámide de Giza, una de las Siete Maravillas del Mundo



redes de delincuencia. En su opinión, es muy difícil frenar la llegada a Europa de inmigrantes procedentes de países pobres y masacrados, porque “cuando está todo perdido e impera la desesperanza, no hay nada que perder. Los Estados del Bienestar tendrían que renunciar a parte de su riqueza para empezar a finiquitar las guerras y la extrema pobreza de países en vías de desarrollo”. Para Ihab Fahmy esto contribuiría también a frenar el fanatismo religioso que se alimenta de la pobreza, de la miseria y de la ignorancia: “Las bombas en ningún caso están detrás del Islam - término cuyo origen está en la palabra “Salam” que significa Paz”.

El coordinador de UCIDVAL critica la vinculación de Islam y terrorismo que hacen los

medios de comunicación occidentales al utilizar términos como terrorismo islámico: “El terrorismo no tiene religión. Son los hombres quienes aprovechan lo bueno para justificar sus barbaridades. Ni la razón ni la Ley de Alá aceptan actos terroristas, de igual modo que ni Abraham ni Moisés enviaron a su pueblo a cometer asesinatos selectivos. Una de las guerrillas más sangrientas del mundo es el Ejército del Señor, en Uganda. Masacran, mutilan y secuestran a niños en su lucha por una sociedad basada en los Diez Mandamientos. Por fortuna, nadie responsabiliza al cristianismo de esta barbarie”. Ihab explica que “la gente informada sabe diferenciar entre el inmigrante de buena fe que viene a buscar trabajo y los terroristas, y los españoles así lo demostraron tras el 11-M”. En aquel fatídico día, la comunidad islámica de Valencia salió a la calle para donar sangre y ayudar a las víctimas: “trabajadores,

“UCIDVAL nació como un lugar de encuentro entre personas que profesaban el Islam y con ganas de hacer el bien”

hermanos, vecinos, compatriotas...” El presidente de la Unión de Comunidades Islámicas de Valencia cree que conociendo el Islam se eliminarían muchos prejuicios que despiertan rechazo como es el caso del uso del velo (hiyab): “El Islam no impone el velo, son las mujeres quienes eligen libremente ponerse la hiyab. En Occidente se cree erróneamente que el velo es un símbolo de sumisión al hombre, pero es un símbolo de sumisión a Dios, comparable al velo que utilizan las religiosas católicas, y en este caso, sí nos merece respeto y no se cuestiona su uso. Las mujeres musulmanas no están obligadas a llevarlo, es una opción personal. Otra cosa es que en determinados países, algunos autócratas utilicen la religión para someter a su pueblo”.

En opinión de Ihab, “la educación y el conocimiento son los pilares del respeto mutuo”. Por eso celebran cada año en el municipio valenciano de Torrent, un congreso nacional. El lugar elegido para este encuentro es el centro religioso de los Padres Dominicos. Una prueba irrefutable de la disposición de la comunidad islámica para el diálogo y el intercambio de ideas en pro de la convivencia. Fahmy insiste en la idea de que a través del conocimiento se puede diferenciar entre religión y tradición: “En los pueblos del sur de Egipto, quien mata tiene que morir, y son las mujeres, musulmanas y cristianas, quienes mantienen esta tradición, pues no admiten el pésame hasta que no se da muerte al otro”. Fahmy defiende que en este caso, cristianas y musulmanas convierten su religión en una herramienta de venganza: “Basta una Constitución clara y bien redactada, con un cuerpo legal sólido que ampare los derechos humanos y la libertad para poner límites a esta manipulación interesada que los pueblos hacen de la religión”.